

# LA FAMILIA CITA



# LA FAMILIA CITA



J. F. Martínez

Primera edición: mayo 2021

Depósito legal: AL 1379-2021

ISBN: 978-84-1104-157-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: J. F. Martínez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Diseño de cubierta: Daniel del Ama

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculorojo.com](http://www.editorialcirculorojo.com)

[info@editorialcirculorojo.com](mailto:info@editorialcirculorojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*A su lado aprendí que la belleza interior es un cóctel de  
inteligencia, sensibilidad y discreción.  
Luego descubrí que muchas personas de mi entorno  
saben mezclar los ingredientes con sabiduría.  
Nueve de cada diez son mujeres.*



# CURRÍCULUM

Por tercera vez tuvo que sacar una mano del bolsillo para restregar el sudor que resbalaba por su frente. Meter cuatro dedos helados —el pulgar lo dejaba fuera, como un vigía desamparado— entre el holgado sombrero y sus sienes ardientes le produjo un alivio pasajero que solo duró unos segundos. En cuanto tuvo el objetivo a la vista, volvió a llevar la mano al fondo del bolsillo. Los dedos seguían entumecidos... y sus pies parecían congelados.

Que una ola de frío siberiano barriese el norte y centro de la península ibérica durante la primera semana de junio ya no resultaba extraño. El cambio climático estaba en boca de los meteorólogos de todo el mundo. Madrid era un ejemplo: la temperatura media durante el mes de marzo había sobrepasado los veintisiete grados, pero en los cinco primeros días de junio los termómetros no se habían acercado a los veinte, de modo que toda la población lo aceptaba como uno más de los males presagiados para el siglo XXI, quizá el menos importante de todos.

Para el ciudadano de a pie, la principal consecuencia de la metamorfosis atmosférica era que la ropa de verano e invierno ya no se separaba en el armario. Pocos se atreverían a tachar de extravagante a un tipo que calzaba unas descoloridas zapatillas

deportivas marca Kalenji, vestía pantalón vaquero y camisa estampada de manga corta, para rematar con una gabardina de color *beige* hasta los tobillos. Quizá la bufanda fuese un poco exagerada; las gafas de sol, inútiles en un día tan nublado, y el sombrero de ala ancha, calado hasta las cejas, algo anticuado. Pero no estaban los ánimos como para andar juzgando la forma de vestir de los demás.

Que merodease por una estrecha y solitaria calle en torno a la lúgubre sucursal de Caixa Galicia podía ser circunstancial. De hecho, al sujeto que se enfundaba entre los pliegues de la gabardina le parecía raro que estuviese tan alejada de las otras dos oficinas bancarias del barrio, situadas ambas en la plaza más ancha y concurrida, donde mantenían un flujo incesante de clientes. A la de Bankia se la conocía como la Caja de los jubilados. Era amplia, funcional, y no le faltaba un toque de pulcritud, pero el día en que se abonaban las pensiones, parecía que todos los ancianos de Orcasitas acudieran a manifestarse a sus puertas. Como a ciertas edades se olvida el deber de aguardar turno, a menudo se producían altercados entre los impacientes pensionistas y no era raro que fuera necesario llamar a la policía para controlar los asombrosos ímpetus de la tercera edad. Lo mismo podría decirse, aunque en menor grado, de la sucursal del Santander.

Por el contrario, la agencia que él vigilaba apenas era visitada por cuatro o cinco personas cada día, contaba solo con un par de empleados y era insensato pensar que tuviera un vigilante de seguridad. Si pudiera decirse que existen bancos pobres y ricos, este sería, con toda certeza, de los primeros.

Sin embargo, aquella mañana se le habían adelantado una pareja de novios. Antes de pulsar el timbre para que el cajero advirtiera su presencia, observó que la puerta no había llegado a cerrarse y que dentro aguardaban aquel par de tortolitos, un tipo fornido y una joven más bien flacucha, pegados el uno junto a la otra, tan rígidos que no le cupo duda que estarían aguardando la respuesta del banco a cualquier solicitud que hubieran hecho.



Como ninguno de los de dentro pareció advertir su presencia, decidió esperar unos minutos dando un rodeo a la manzana, y hasta esbozó una candorosa sonrisa al suponer que los pobrecillos podrían estar pidiendo algún préstamo para comprar casa, o algo parecido. «¡Apañados están!», llegó a exclamar en un susurro, e instintivamente, y como para relajarse, sacó una libreta del bolsillo y con mano temblorosa —sus dedos continuaban gélidos— escribió «PRÉSTANO», subrayando la N a propósito. La idea de inventar palabras se le había ocurrido después de consultar un artículo periodístico sobre el nuevo lenguaje inclusivo; a continuación añadió: «Sustantivo; aplicase a todas las personas o entidades sin garantías suficientes para solicitar un crédito».

Al guardar la libreta en el amplio bolsillo izquierdo de la gabardina, su mano palpó un pelaje de fibra sintética. «Casi se me olvida la barba», masculló entre dientes, y sacó un trozo de fieltro, adherente por un lado y con abundante pelo de color rojizo por el otro. Se pegó el fieltro a la cara con poca destreza, al no contar con la ayuda de un espejo y porque la bufanda le impedía ajustarlo a la parte inferior del mentón, pero no tenía margen para perfeccionismos, así que volvió sobre sus pasos con la certeza de que había pasado el tiempo suficiente para que los ilusos «prestarnistas» hubieran desaparecido.

¡Pero no! Tuvo que dar una vuelta más, se juró que sería la última, con pasos cada vez más apresurados. Nada cambió, los malditos novios seguían igual de acaramelados junto al mostrador de caja. «¡Se acabó!», exclamó para sí mismo antes de tantear nerviosamente lo que guardaba en los bolsillos exteriores: en el izquierdo un bolígrafo y un par de hojas de papel bien dobladas, en el derecho su libreta y una pistola...

Las piernas comenzaron a temblarle y su corazón ya no controlaba el ritmo de los latidos. Aún dudó en el último instante, pero la excitación del momento provocaba los mismos efectos que un potente alucinógeno. Ya no era capaz de pensar con claridad; si se demoraba un poco más no tendría coraje para hacerlo,

y era demasiado tarde para echarse atrás... Cerró los ojos, sacó la pistola del bolsillo y empujó tan violentamente la pesada puerta que esta rebotó contra el tope e impactó contra su propia espalda. Fue un golpe seco, de los que cortan la respiración, y del que salió trastabillado con tan mala fortuna que no pudo evitar abalanzarse contra la pareja que le había precedido.

Ni siquiera pudo gritar «¡que nadie se mueva!» o «¡quieto todo el mundo!», como había visto en las películas, y continuar con «¡esto es un atraco, deme todo el dinero!»; lo único que resonó en el interior de la pequeña sucursal fue el chillido de la muchacha y, casi al mismo tiempo, la detonación de un disparo.

Un cuarto de hora más tarde, dos ambulancias y cinco vehículos del Cuerpo Nacional de Policía, todos ellos con las luces centelleantes encendidas, habían acordonado una zona en la que decenas de curiosos conformaban un pintoresco mosaico alrededor del banco. Poco después apareció una unidad móvil de Antena3, de la que descendieron un reportero y su ayudante de cámara que se abrieron camino entre la muchedumbre y oportunamente comenzaron a grabar las imágenes que más tarde serían vistas en toda España: varios agentes custodiaban a un sujeto corpulento que era introducido en la parte trasera de un coche patrulla. Lejos de oponer resistencia, el detenido parecía buscar refugio dentro del coche intentando ocultar su rostro entre las manos esposadas.

Mientras el reportero buscaba las palabras para informar de un intento de atraco, el perspicaz asistente de cámara centró el objetivo en el preso: la parte superior de su frente estaba abultada y enrojecida y tenía un ojo casi cerrado cuyo contorno empezaba a cambiar de color. Para los más observadores no pasó desapercibido que su cara estaba atravesada por viejas cicatrices.

Fuera del objetivo de cualquier cámara, el sujeto de la gabardina yacía sin sentido en el interior del local. Tenía una herida

abierta en la cabeza. El médico que intentaba taponar la hemorragia insistía en que había que llevarlo al hospital inmediatamente pero un terco oficial de policía le pedía calma, asegurándole que su superior se hallaba en camino y él no tenía autoridad para ordenar el traslado del herido. La chica y los dos empleados, todos con el rostro tan blanco como el cielo de la capital, convalecían en una de las ambulancias. La joven había rechazado el ansiolítico que los sanitarios habían suministrado a los hombres antes de ser interrogados, con tacto profesional, por psicólogos y agentes de la Policía Nacional.

—Ahí llega el inspector —anunció por fin el oficial. Con un leve movimiento de cabeza señaló hacia el pequeño coche azul al que habían permitido traspasar el cordón de seguridad y del que se apeó un joven con aspecto de no haber descansado lo suficiente. Aunque no llevaba uniforme, algunos agentes lo saludaron reglamentariamente elevando sus manos hasta la punta de la visera, pero solo el más veterano salió a su encuentro para ponerle al corriente de lo sucedido.

Mientras el curtido policía hablaba sin prisa, el inspector observaba con interés hacia uno y otro lado. Primero se fijó en los asustados testigos, luego miró inquisitivamente hacia el coche donde se hallaba el detenido e hizo amago de dirigirse hacia él pero desistió y se encaminó hacia el interior del banco. Antes de entrar hizo algunas preguntas. El agente tuvo que recordarle que debía ser él, el inspector, quien tomara el mando de las operaciones; su apariencia enfermiza y su rostro, tan pálido como los de la ambulancia, no le eximían de ser el oficial de mayor rango.

El inspector asintió, entornó los ojos para dirigir la última mirada al vehículo donde custodiaban al detenido y recuperó la compostura. Le hubiera gustado encararse allí mismo con el tipo que había sido arrestado pero había un hombre herido en el interior del banco... Ordenó el traslado del preso a la comisaría de Usera e inmediatamente después entró en la sucursal. Para un forajido, el local era una invitación a delinquir; un oscuro habi-

táculo rectangular dividido por un mostrador de madera en cuyo centro se elevaba una inútil mampara. Los ordenadores de los empleados permanecían encendidos en sus mesas; en cada pantalla parpadeaba un cursor como esperando que alguien ejecutara una sentencia. La oficina era un ejemplo de austeridad; excepto por un viejo reloj, las paredes mostraban una desalentadora desnudez. Apenas cuatro folletos publicitarios, ordenados escrupulosamente, se amontonaban en un extremo del mostrador. Todavía no se había disipado el olor a pólvora y carne chamuscada.

El oficial esperaba con una bolsa en la mano mientras el médico se limitaba a limpiar la escasa sangre que goteaba de la cabeza de la víctima.

—No es grave —se apresuró a informar el agente, repitiendo la evaluación del médico—. Aunque el disparo se produjo a pocos centímetros de su cabeza, la bala solo le ha rozado y la herida no es más que una quemadura; sin embargo, ha sufrido un *shock* y ha perdido el conocimiento.

—Gracias —dijo el inspector. El médico apenas hizo un gesto afirmativo sin añadir una sola palabra al diagnóstico. A continuación, se puso un guante de látex para recoger con dos dedos un sombrero de talla grande, unas gafas de sol, milagrosamente intactas y las dos pistolas caídas en el piso. Examinó las armas escuetamente y las guardó junto con los demás objetos en la bolsa que sujetaba el otro policía. El suelo de granito verde oscuro estaba brillante, no había papeles desparramados por el suelo ni una miserable colilla que sirviera de prueba. El único objeto que llamó su atención se ocultaba tras un desamparado paraguero que hacía las veces de papelera.

—¿No irá a guardar esa bola de pelo? —le reprochó el oficial haciendo una asquerosa mueca.

—No es pelo natural... Yo diría que es un postizo.

El inspector lo metió en una bolsa más pequeña y se lo dio a su compañero. Luego procedió a registrar cuidadosamente al herido. Aunque plegó y desplegó varias veces las solapas de la

gabardina, no encontró ningún documento que pudiera identificarle; sus pertenencias se limitaban a un juego de llaves, una libreta, un bolígrafo y un par de folios grapados. Retuvo los folios y echó a la bolsa el resto de objetos. Después, ante la apremiante mirada del médico, dio orden de que lo trasladaran al Hospital 12 de Octubre, escoltado por una unidad de la policía.

Cuando los camilleros introducían al herido en la segunda ambulancia, la chica que había gritado insistió en acompañarle, dijo que lo conocía y no podía dejarlo solo hasta que su familia tuviera conocimiento de lo sucedido. El tiempo apremiaba, la ambulancia ya se ponía en marcha y el inspector solo pudo mostrar extrañeza y pedirle que permaneciera en el hospital hasta que él mismo pudiera acudir a tomarle declaración. Puso a su disposición uno de los coches y ordenó a uno de sus hombres que le esperase en el hospital sin perder de vista a la muchacha.

También fueron trasladados los otros testigos. La oficina bancaria quedó precintada y poco a poco se fue despejando la zona. Cuando apenas quedaba un vehículo policial con las luces de emergencia relumbrando innecesariamente, se presentó la televisión local. Empezaron su trabajo informativo alertando del aumento de la delincuencia en los barrios del sur de Madrid, más golpeados por la crisis económica. La presentadora quiso adornar la información entrevistando a la última vecina que se había incorporado a la comitiva; la buena mujer afirmó que Orcasitas era un barrio muy tranquilo y que no tenía ni idea de lo que había sucedido.

Mientras tanto, el inspector se había desplazado hasta su Ford Fiesta y meditaba sentado sobre el capó. Necesitaba un descanso, había trabajado sin interrupción las últimas dieciocho horas, pero el comisario le había convencido alegando que eran gajes del oficio; este caso era de gran envergadura y no contaba con ningún otro inspector. También le había recordado que en su trabajo estaba prohibido desfallecer...

El mismo policía que le había servido de informador se le acercó sin que apenas se diera cuenta. No disimuló el tono satisfecho de su voz:

—¡Parece que esta vez lo hemos pillado!

—No he tenido oportunidad de acercarme a verlo —admitió el inspector—, ¿seguro que es él?

—Sin ninguna duda.

—¿Y el otro hombre... el de la gabardina?

—¡Ni idea! —reconoció el agente. Luego se acercó un poco más y añadió en un tono casi confidencial—: Ahí llega su amiga...

«¡Oh, no! —pensó el inspector—; ahora no». «Su amiga» era la periodista de Telemadrid, Onda Madrid, Radio Madrid y todo lo que tuviera que ver con los medios de comunicación de la Comunidad Autónoma. En ocasiones se había preguntado si no tendría varias hermanas gemelas porque siempre aparecía ante él, esgrimiendo, como un florete, su micrófono desgastado, y haciendo preguntas tan estúpidas que eran imposibles de contestar. Conocía su nombre, pero no lo recordaba en ese momento. El oficial solía bromear diciéndole que estaba enamorada de él y que no debería desairarla, pues, con el camino que llevaba, a no mucho tardar sería la presentadora de los telediarios..., «un real comedido», opinaba jocosamente. ¿Y a él qué?, no estaba de humor para entrevistas. Estaba cansado y tenía mucho trabajo por delante, aún debía interrogar a la testigo y redactar un informe. Esa era la cruz de su trabajo: le faltaba paciencia para contar en un papel lo que podía expresar con palabras. Nada había más engorroso que escribir la crónica de un suceso, y, sin embargo, hacía ya más de seis años que se veía obligado a presentar los condenados informes.

El agente acabó resumiendo la declaración de los otros dos testigos. Como buenos banqueros, apenas recordaban su nombre. Lo poco que decían haber visto resultaba intrascendente. En su testimonio, admitían no conocer a ninguno de los hombres que habían intervenido en el atraco y celebraban que no hubiese sufrido daños su clienta, a quien llamaban señorita Rosales, que casi todas las semanas comparecía a primera hora para retirar fondos de su cuenta.

El inspector se giró hasta quedar de espaldas a la reportera de todo Madrid. Como aún los separaban una decena de metros y ella aprovechaba para preguntar a todo el que quisiera responder, consideró que quizá no le hubiera visto o que tendría suficiente con las declaraciones del vecindario. Por otra parte, su cabeza era un hervidero de preguntas deseando ser esclarecidas: ¿por qué demonios insistió la señorita Rosales en acompañar al herido?, ¿de qué lo conocía?, ¿qué relación tenía con ella?...

Pero la puntillosa periodista lo miraba de reojo y se le acercaba lentamente como un felino acechando a su presa. Se sintió acorralado y sin fuerzas para intentar meterse en el coche y eludir cualquier pregunta que le sacara de quicio. Entonces, recordó una especie de truco que le había revelado un comentarista. Lo llamaba la postura evasiva, y consistía en simular que leía con desmedido interés un periódico, una revista o cualquier documento que pudiera interponer como un parapeto delante de la cara. Un buen reportero, en palabras del comentarista, entendería que no deseaba ser entrevistado o que no tenía nada que decir en ese momento.

Se aferró a esa idea como si fuera su única vía de escape. «¡Algo para leer!», suplicó en un susurro, pero no tenía a mano ni un maldito periódico. A veces llevaba una carpeta con documentación en el coche, pero se la había dejado en la comisaría... Casi con desesperación, tanteó por encima de su ropa. De uno de sus bolsillos le llegó el leve sonido del papel; eran el par de folios confiscados al herido, que ya ni recordaba haber guardado.

«Algo es algo», se dijo con escasa convicción. Y, sin sospechar que el destino había resuelto participar en el juego de su vida, desdobló las dos hojas de papel y se atrincheró tras ellas manteniéndolas como un escudo protector delante de sus ojos: